

Vallenato de los tiempos

Marina Quintero Q.

Aún por estos tiempos no muy consecuentes con ese propósito, el vallenato se hizo para contar historias y para reflexionar. Que se sepa, nadie ha inventado una causa mejor. Podrá haber todo un movimiento lacrimoso y estribillista, como el que ahora se impone, pero el género sigue siendo de genoma literario

Ernesto McCausland Sojo

Permítanme iniciar haciendo una sucinta descripción del más popular género musical colombiano, género cálido que en su estado natural sabe a mañanitas de corral, a ron de patio y a noche veranera. Música que con sus historias, mitos y ficciones ha cantado con palabra viva y acento fónico diverso la continuidad de la existencia en el tiempo como memoria y palabra. Música de la memoria, cultura popular en cuyo seno el paseo, el merengue, el son y la puya colman día a día sus espacios y sus tiempos; música, ritmo y baile y por esencia historias que relatan la intimidad de la condición humana: el dolor la decepción, el encuentro, la ilusión.

El paseo, altar del sentimiento, rito de la nostalgia infinita que balancea el cuerpo con donaire y galanteo; el merengue, deliciosa trampa erótica en el solaz de la imaginación y en el golpe percutivo que atrapa todos los sentidos; el son, que sosiega el sufrimiento; y la puya, delirio del espíritu mientras alma y cuerpo explotan en frenesí. Estos son los ritmos del género vallenato que pueblan el espacio y el tiempo del Caribe añejo con sentido propio; cuatro ritmos que hacen del caribeño, poblador imaginario de días sin pausa y lugares sin linderos.

Difícil expresar en líneas lo que se experimenta al contactar en el canto vital las tradiciones, las gentes, el paisaje; pentagrama oral, legen-



Wilson Díaz. Exposición *Amarillismo* en la sexta versión del Premio Luis Caballero. Foto: Nicolas Consuegra

dario; vallenato que conjuga realidad, narración y ensoñación; tiempo y lugar de la tierra, del dolor, de la ausencia que se hace memoria y canción.

Difícil expresar en líneas que la soledad y el dolor son el fermento de la singularidad creativa de hombres que transitan la errancia de los tiempos.

*Por cultivar un amor,
lo que cultivé fue penas,
penas que no se borran
ni con cien años de ausencia.
Para qué llorar,
para qué sufrir,
pa' olvidar una pena.
Si la pena está
muy dentro de mí,
siempre me atormenta.*

Música verdadera que en armónica polifonía escribe un solo libro en varios tomos, formas infinitas que el nieto del coronel riohachero, Nicolás Márquez Mejía interiorizó y devolvió

en una saga literaria de *Cien años de soledad* y que “Wicho” Sánchez, el provinciano eterno, caminante sin descanso de las calles del Cesar, tradujo en “cien años de ausencia”, metáfora de una pena que siempre le atormenta.

Colombia hace hoy la celebración de las tradiciones. La Unesco ha declarado Patrimonio de la Humanidad a la música provinciana, hechura de su propia memoria colectiva y popular. Patrimonio que permanece en el tiempo como signo de creatividad, de imaginación, de humanidad, vallenato de los tiempos que lucha contra el olvido de lo que siente y cree.

El ancestro de los cantos tradicionales de acordeón viene de esa región colombiana que por antonomasia es llamada Provincia, aislada desde la colonia hasta el final de los años 30 del pasado siglo, enclaustrada en un universo de ganaderos hacendosos y rústicos verseadores dueños de su imaginación y su palabra. Si el universo provinciano perdiera su canción, si extraviara su destino en el falso brillo del oropel y la trivialidad, el espacio de la imaginación lo ocuparían los detractores, los demagogos, los falsos profetas, los que como afirma el novelista mexicano Carlos Fuentes “no soportan ni la creación, ni la crítica que la literatura lleva consigo”, que ratifica para una humanidad que se reinventa que “el poder de imaginar es idéntico al poder de desear[...] que la imaginación puede convertir la experiencia en destino”.

Un viaje al pasado

Por entre las callecitas lejanas del ayer, Gustavo Gutiérrez Cabello el hijo de Evaristo y de Teotiste cantaba *Rumores de viejas voces* en los mismos años en que el hijo del telegrafista escribía *Cien años de soledad* y el eterno caminante de las calles del Cesar le cantaba a sus “cien años de ausencia”, y fue por estos años cuando los senderos de la imaginación, que nunca abandonó en sus búsquedas, le llevaron



Wilson Díaz. *Quimeras*. Foto: Pablo Adarme

al pasado y los recuerdos que afloraron trajeron para él las voces nunca olvidadas de las más añejas memorias. En ese ir y venir de los tiempos, el poeta comprendió que la música tiene memoria y que la palabra cantada no solo seduce y enamora, también transmite y convence y que es el cantor el báculo sonoro que sostiene esa alianza histórica entre música, cultura y tradición.

Pero las revelaciones que su don poético le concedía lo enfrentaron a una sobrecogedora realidad: las voces vaciadas de historia de una modernización galopante de la vida social penetraban amenazantes el ambiente regional. Perplejo, el poeta elevó en los versos de *Rumores de viejas voces* un clamor que se oyó y se cantó como una queja:

*Rumores de viejas voces
de tu ambiente regional
no se escucharán los goces
de tu sentido cantar*

*Ya se alejan las costumbres
del Viejo Valledupar
no dejes que otros
te cambien el sentido musical*

Avizoró el poeta que sin sentido musical y sin voces regionales la identidad cultural perdería el soporte afectivo que el canto le entrega a la cultura. Trágica realidad, pues se cerraría el camino que conduce a “las profundidades de donde brota la vida” como llamó al sentimiento el poeta Rainer María Rilke; se ensombrecería la existencia al no escucharse aquella palabra, aquel sonido, aquella voz que ilumina la imaginación. Supo Gutiérrez que la palabra que alienta al ser, dicha desde la música, emociona y seduce, apacigua y convence.

Así fue como el poder inagotable de la imaginación le dio al poeta otra revelación para su verdad: una copla de viejos caminos trajo consigo, renovado, en *Paisaje de sol*, el sentimiento de *Rumores de viejas voces*.

*Aquel paisaje nació
sobre una tarde de sol
y allí el destino marcó
el sendero de mi canción*

*Y desde entonces yo soy
romántico y soñador
porque no puedo cambiar
la fuerza de mi expresión*

Pieza antológica que avanza desde el clamor y la queja a la esperanza, recurso humano sin parangón. Una esperanza cifrada en su propio ser, en su ser poético que a la manera de un viejo embudo de trasiegos por donde soplan las brisas de los tiempos, hace el pasaje de las viejas voces en cantos que transmiten, que enamoran, que convencen; voz que encuentra el alma y el tono de esos tiempos, voz que habla a sus contemporáneos, que viaja con la música, que se resiste al olvido, voz del poeta que a la manera de los sueños puebla la conciencia con viejos recuerdos que siempre traerán nostalgia.

*Tengo palabras de aliento
porque tengo poesía*

*brotó en el viento la fuerza
que tiene el alma mía
traigo mi pecho encendido
estoy reconfortado
cuando le canto a mi tierra
me siento enamorado*

*Traigo la esperanza
del hombre alegre de aquel cantor
que en versos y flores
mitiga el alma, mata el dolor*

*Las nubes descansan
en la serranía
y al bajar al valle
llueven de alegría*

En medio de la desolación, un gran cantor reivindica el poder de la imaginación, poder que nadie podrá arrebatar; poesía, música y canción que convierte la experiencia en destino; lenguaje e imaginación que pueblan los espacios y los tiempos de lo humano, de lo específicamente humano.

Bibliografía

- Bravo Mendoza, V. (2007). *La Guajira en la obra de Gabriel García Márquez*, Riohacha, Gobernación de La Guajira. Clúster de la Cultura y la Música Vallenata. (2015) Plan especial de salvaguarda para la música Vallenata tradicional del Caribe Colombiano.
- Fuentes C. (2000). “Oro y alas a millones. En homenaje a Gabo”, Valledupar, XXXIII Festival de la Leyenda Vallenata.
- Nogueira Dobarro, Á. (2001). “Valledupar, una ciudad de la memoria y la hospitalidad. Un viaje desde la imaginación mediterránea hasta el ritmo y color del Caribe”, en: *Gabo, ritmo, percusión y voces*. Colombia, Fundación Festival de la Leyenda Vallenata / Ministerio de Cultura.
- Quintero Quintero, M. (2014). “Gustavo Gutiérrez Cabello. Las revelaciones de su don poético”, en: *Juglares y trovadores. Trashumancia, poesía y canción*, Medellín, El Tambor Arlequín.

Marina Quintero Quintero. Profesora Universidad de Antioquia. Escribió este texto para la Agenda Cultural Alma Máter.